A UNA LUZ SIMULTANEA

LEOPOLDO DE LUIS

I

Ahora estáis frente a mí. Sólo os separan
los años, ¿muchos? Nunca son bastantes
para escindir el reino en que os instalo,
la súbita presencia imperativa
de vuestra doble realidad inmersa
en la sombra de luz que me sostiene.
Porque sois una sombra que se agranda
y se transforma en luz y vuelve al cabo
a hacerse oscura, como si una rosa
regresara al rincón de la semilla.

Niña vas por la playa de unos años
que no viviste, llevas otros trajes,
cruzas por el pasillo de una casa
ya derruida, subes escaleras
que perdieron sus tramos y te asomas
al balcón de una vida tan lejana
que transcurrió cuando tu risa apenas
podía ser la lágrima de un sueño.
Y sin embargo estás ahí, alzando
tu mano en el dintel de aquella puerta.

Dibujos de Gutiérrez Montiel

Por esa puerta tú has salido, madre,
Vicentina, muchacha, eres la niña
que ahora juega a mi lado y que pregunta
y que jamás te vio. La viste o casi
te habrás reconocido. Son tus manos
en el piano o son estas pequeñas
manos que tomo ahora y son de música,
son un sonido destrenzado, una
trenza de alegre sollozar. Y juega
el aire con tu pelo y con mi sombra.

Elsa, hija, mujer, cómo es posible
que no me reconozcas. Soy el niño
que llevaste en el aire de tus manos.
Había una avenida con jardines
y en el otoño los castaños eran
torres precipitadas de ceniza.
Vas guiándome. Escucha cómo guío
yo a los pájaros últimos del parque
mientras la tarde dobla sus pañuelos
sobre el párpado azul de la memoria.

Somos tan ciegos, madre, y tú, pequeña,
niña, madre, que casi no nos damos
cuenta de que los tres hacemos sólo
dos sombras. No es posible. Aquí, pegada,
tu sombra, madre Elsa, Vicentina
niña ¿de ayer?, junto a mi sombra, rastro
que me lleva otra vez a vuestra linde,
a vuestra playa sola. Sois el mar.
¿Recuerdas, madre, que eras mar, recuerdas,
que eres mar, niña, y me cubrís de espuma?

Y de pronto me besas. Qué menudos
labios de niña tienes. De tus besos
nace la infancia igual que una mañana
que persevera y rosa. Besa al niño
que a punto está de irse. A punto: mira
por esa calle. Ya ha salido. Dile
adiós. Tu beso es una despedida
o una vuelta imposible. Entre tus labios
se ha quedado el aliento como un ala
de un pájaro mojado por la lluvia.

II

Ahora he tomado tu retrato. Luces
detenidas, de pronto hechas de labios
hechas de pluma sucesiva y sola
por el cielo del tiempo. No envejecen
tus ojos. ¿Has mirado cómo viene
corriendo junto a mí la niña Elsa?
Toma su breve corazón temblante,

su ajorca en la carrera estremecida.
¿Eres tú o es el tiempo? Soy yo mismo
que ahora regreso entre los brazos de ambas.

Desde ese fondo oscuro no es posible
que no nos veas porque nada tiene
tanta luz, tanta clara perspectiva
como el agua estancada del retrato
que una tos débil cristaliza y todo
encuentra su lentísimo suceso,
su realidad más sosegada y nieve,
su otra vida de sombra y levadura.
Desde el retrato que es la misma muerte
se ve el reflejo que es la misma vida.

Como si nada hubiese sucedido
porque, en última instancia, ¿qué ha pasado?
Como si fuese como entonces, porque
al cabo, ¿no es lo mismo? Como si
tú estuvieras, que estás, a fin de cuentas.
Nada es distinto, bien mirado. Somos
lo que se desgajó de tu sonrisa,
esa que es claridad desde el inmóvil
marco. Avanzamos lentamente auroras
que atardecen igual que la esperanza.

Vamos hechos de pálidos retratos
que se suceden como extrañas hojas
de un árbol al revés. En el invierno
más poblados que nunca nos visitan
sus frondas de magnolios ateridos
y hay frutas amarillas que se pudren
por las sobresaltadas mordeduras
entre las gotas agrias de sus zumos.
Contemplar un retrato es ir cortando
una naranja amarga en gajos trémulos.

Madre, bastante tu palabra, niña,
no fue madre final y tartamuda
para poner sobre mi boca un sello
y he proseguido hablando, balbuciente,
imitando tu voz de última hora
y tu primera voz reciennacida.
Copiando horriblemente la ternura
de vuestra voz, vuestra torpeza tierna.
Voz que debió callar, palabra inane
que debió enmudecer. Silbido cero.

Antonio Montiel.

Devolvedme el silencio, madre, niña.
Dadme el don de callar como el retrato,
la mudez del cariño sin penumbra,
la inaudible canción con la que ahora
cantáis entre mis brazos, y que sea
una premonición que no se cumple,
un dolor que ha pasado, un susto casi
no sentido. Tu mano es un suceso
de amor a punto de plegar sus alas
y tus ojos perduran inmarchitos.

III

Deja que me recueste en tu alegría
reciente, como el aire en la mañana
se aplaca un poco y toma luz y dora
sus manos invisibles. Deja, niña
mía, que el corazón descanse algo
en el jardín que llevas en tus ojos.
Mañana será tarde. Estoy al filo
delgado de tu luz: es el momento
igual que hay en la tarde un breve punto
solar que se deshace fugazmente.

Déjame que recuerde y que te olvide
al ver detrás de ti los sucesivos
escalones que bajan de mi sangre.
Déjame ver la estirpe en los dibujos
del tiempo o ese perro que, invisible,
gruñe a tus pies de niña que no sabe,
de niña que inaugura la inocencia.
Déjame que no encuentre, que no busque
salida al laberinto en que os contemplo
a una luz simultánea.